

BOLIVAR, CABALLERO DE LA GLORIA, DE LA LIBERTAD Y DE LA PATRIA

Tte. Coronel GUILLERMO PLAZAS OLARTE



Discurso pronunciado en la Plaza de Bolívar el 24 de Julio con motivo del aniversario del natalicio del Libertador.

Señores:

Una vez más acudimos fervorosamente ante la estatua del Padre de la Patria, para rememorar con entusiasmo las hazañas del héroe entre los héroes, y depositar a sus plantas como sublime síntesis de cuanto amamos y creemos la ofrenda de nuestra sincera gratitud.

Tan grande es la figura de nuestro Libertador, tan deslumbrante su obra de militar y de estadista, que, al acercarme reverente al bronce que plasma Tenerani, siento la desproporción existente entre el árbol aislado y la selva, entre la piedra rodada al azar y la mole granítica que se levanta majestuosa sobre el valle.

Cuán en lo cierto estuvo el doctor de Choquehuanca, cuando al hacer el elogio de Bolívar predijo que su gloria aumentaría con el decurso de los siglos. Porque a medida que transcurren los años se agiganta la fama del hombre que arrebató a España los dominios que por centurias fueron ornamento y presea de la corona.

Nadie imaginó, aquel 24 de julio de 1783, en la casona sombreada por limoneros y granados, engalanados con el esplendor de la flora del trópico, la estela luminosa que dejaría aquel ser en su accidentado recorrido de 47 años por el mundo. Que el niño Simón de

la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, nacido en dorada cuna, en mansión señorial que guardaba rigurosa tradición familiar de obediencia al Monarca, a través de 7 generaciones, llenaría las páginas de la Historia de América y vivirá para siempre en el corazón de los pueblos redimidos por el esfuerzo de su brazo.

Este Bolívar nuestro, que nos dio libertad y que nos dejó como herencia el evangelio de su palabra, está presente entre nosotros, así en las horas de bonanza como en los instantes de peligro; cuando el triunfo se acerca o cuando todo parece abandonarnos, hasta la misma fe en los más caros ideales.

¿Qué semidiós es este, que a más de un siglo de su muerte, nos guía con la luz de sus proclamas, con el fervor de sus discursos, con el entusiasmo de sus cartas y el razonado discurrir de sus mensajes...?

Porque no sabemos qué admirar más en él: si la fortaleza y capacidad del guerrero, con sus innumerables campañas, fulgurantes como la de 1813, sorprendentes como la de 1819, decisivas como la de 1824, o la forma maestra como organiza estados, dicta constituciones, aconseja a los magistrados, enseña a los ciudadanos, pide leyes, y del desorden, del caos en que quedan

los pueblos después de cruenta lucha, forma naciones libres bajo regímenes organizados con gobernantes idóneos y programas seguros.

La prodigiosa parábola de su vida descrita está en afortunadas páginas de poetas, letrados, historiadores y soldados. Permitidme, pues, en este nuevo aniversario de su nacimiento, evocar rápidamente al triple caballero, de la libertad, de la gloria y de la patria, cuyo pensamiento político sigue vigente hoy y es luz en el camino para las nuevas generaciones.

Bolívar fue el caballero de la libertad.

Amó la libertad. Y por conseguirla, sacrificó su tranquilidad, la administración de sus haciendas, el porvenir a que tenía derecho por posición y por riqueza y se lanzó a la más atrevida empresa que recuerden los siglos, recorriendo caminos, despedazando cadenas, redimiendo pueblos, destruyendo adversarios, libertando esclavos, transformando la obediencia ancestral de las gentes al rey, en amor a la causa de la emancipación.

Un día en la vieja Europa, Humboldt el sabio, le habló del prodigio de América, del estado de madurez de los dominios que un día pertenecieron a Montezuma, Atahualpa y Tisquesusa; de la necesidad de encontrar un hombre que aglutinara voluntades y esfuerzos y llevara a feliz término la difícil empresa. Aquello fue avivar la llama prendida pacientemente por don Simón Rodríguez. Obedeciendo a su conciencia, una tarde de Agosto, sobre el monte Aventino, Bolívar pronunció la solemne promesa de no dar descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta destruir el yugo de la opresión peninsular.

Cuando al lado de Sucre, varios lustros más tarde, recibía las bendiciones de las gentes ebrias de júbilo por la jornada de Ayacucho, entre estruen-

dos de dianas y aclamaciones delirantes, pudo decir, recordando la severa figura del preceptor: el juramento está cumplido.

Cada uno de sus documentos es un canto al ideal de libertad:

"Yo quiero vivir libre y morir ciudadano".

"Yo amo la libertad de la América más que mi propia gloria".

"La libertad del nuevo mundo es la esperanza del universo".

"Yo he sido soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella, hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura donde se abrigan las flores de la vida".

¡Y amó la gloria! Pero no el esplendor artificial de las cortes caducas, no el laurel de los conquistadores, fruto de la crueldad y la opresión, ni la púrpura inútil, ni el boato supérfluo de los emperadores. La gloria, acicate de sus acciones, ambición de su vida, tema de meditación en sus últimos momentos, la concibió en frase feliz, en carta al General Sucre, cuando dijo: **La gloria está en ser grande y en ser útil.**

Ser grande, es decir, rebasar la medida de lo ordinario, elevarse hasta las cumbres luminosas del ideal; y ser útil, o sea que el esfuerzo creador, la energía de los ejércitos, el heroísmo de los soldados, la sangre de los mártires y el empeño de los legisladores y gobernantes, de nada sirven sin el provecho de la comunidad, si no buscan como último fin el bienestar de quienes pueblan las naciones.

"El que lo abandona todo por ser útil a su país, no pierde nada y gana cuanto le consagra".

Celoso de su gloria, en diferentes ocasiones abrió su corazón para decir a sus compatriotas:

"Hasta ahora he combatido por la libertad, en adelante quiero combatir por mi gloria".

"Cuando perdiera todo sobre la tierra, me quedaría la gloria de haber llenado mi deber, y esta gloria será eternamente mi bien y mi dicha".

"La gloria, le dice al General La Mar, debe ser insaciable cuando se funda en sus verdaderos principios".

"Mi gloria la he fundado sobre el deber y el bien".

"La gloria es mil veces preferible a la felicidad".

El ansia de gloria, dice Don Miguel de Unamuno, es el espíritu íntimo del quijotismo, su esencia y su razón de ser. Y Bolívar se declaró Quijote cabe la Quinta de San Pedro Alejandrino, cuando abandonado de los mismos a quienes había redimido, y sintiendo el abrazo cercano de la muerte, hizo el último análisis de su obra:

"Los tres grandes majaderos de la humanidad hemos sido Don Quijote, Jesucristo y Yo".

"Ansia de vida: ansia de vida eterna fue lo que le dio vida inmortal".

Pero Bolívar es también en grado sumo el Caballero de la Patria. Cuando jura sobre el monte sacro; cuando hombro a hombro con Miranda emprende las primeras campañas y gusta el acíbar de Puerto Cabello; cuando espada en mano se opone a sus enemigos y pide luchar contra las fuerzas de la naturaleza; cuando se lanza victorioso, incontenible, desde las riberas del Magdalena hasta Caracas; cuando sus hombres se consumen en llamarada gigantesca en el fortín de San Mateo; cuando tiene que abandonarlo todo y expatriado, pobre y decepcionado, desde suelo extranjero hace certero análisis de lo que han de ser las futuras nacionalidades; cuando reinicia el duro batallar, se enfrenta con Morillo y presencia el milagro de las Queseras; cuando a la orilla del majestuoso río instala el Congreso de Angostura y surge de la nada Colombia ante el asombro de todo el continente; cuan-

do invade la Nueva Granada, liberta a Venezuela y corre a Quito, Lima y la Paz a izar las banderas de la libertad y a dictar leyes fundamentales para los estados que acababan de nacer, cuando alienta la organización de los pises americanos en beneficio de la paz y convoca la Asamblea de Plenipotenciarios de Panamá; cuando enrumba con precisión desconcertante la política exterior; cuando a la sombra de hermosos tamarindos formula sus votos postrimeros, Bolívar es paradigma de patriotas, que lo da todo a cambio de la independencia americana y de un laurel para su frente soñadora. Señores:

Afortunadas estas cinco repúblicas que tienen por Padre y Libertador al forjador soberbio de asombrosas victorias, al andante caballero redentor de mundos, al poeta guerrero "grande en el pensamiento y grande en la acción". Felices, porque después de un siglo de su muerte, obedecen su voz y confirman la evidencia de sus prodigiosas predicciones.

En toda su vida, dice Don Vicente Lecuna, Bolívar supo vislumbrar el porvenir.

¿Quién puede negarle su dón profético...?

Escuchémosle, porque sus frases parecen pronunciadas para nosotros, los que vivimos en un mundo atormentado y confundido; atropellado por el confort y por el ansia de bienes materiales, pero enfermo del alma, sin paz espiritual, aplastado por el peso de amenazas apocalípticas:

"Solo la democracia es susceptible de una absoluta libertad".

"No hay libertad sino cuando esta se dirige a honrar la humanidad y a perfeccionarle su suerte".

"El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma

de seguridad social, mayor suma de estabilidad política”.

“No aspiremos a lo imposible, no sea que al elevarnos a la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía”.

“Moral y luces son los polos de una república; moral y luces son nuestras primeras necesidades”.

Puede, señores, pareceros extraño que al llevar la palabra en representación de las Fuerzas Militares, pase por alto las acciones de armas que sellaron nuestra independencia; el arrojo sobrehumano de los infantes, la desenfrenada carrera de los centauros, el estruendo de los cañones, el paseo triunfal de los pendones, el valor estratégico de Vargas, Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho.

Pero es necesario regresar a la fuente de agua viva que es la palabra de Bolívar, para reconfortar nuestros espíritus, tonificar las almas y retemplar

los aceros para las jornadas del porvenir.

Aquí estamos, ¡oh gran Libertador!, los hombres de armas, renovando ante tu estatua la promesa de ser fieles a tu mandato, centinelas perennes de la libertad que tú nos diste entre hazañas sin cuento, lágrimas y dolores. Estas son las banderas que despeñaron sus colores sobre el filo de la cordillera o en la extensión ilímite del llano; las mismas que tú llevaste victoriosas de mar a mar. Y estos son los soldados que te acompañaron en la atormentada jornada del páramo de Pisba, los que siguieron el trote de tu caballo del Norte al Sur y del Oriente al Occidente; los que escucharon el eco marcial de tus proclamas y convencidos de la verdad de tu mensaje fueron tras de tu espada a libertar un mundo.

Míranos bien, porque venimos a decirte, que todo sacrificio será poco, hasta la ofrenda de la propia vida, para conservar incólume la grandeza de tu amada Colombia”.

“Y sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo y se ha constituido definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva y no vive sólo por el mero instinto de vivir —esto último es de Bolívar—, sólo cuando tiene ideal es cuando comprende y siente sus glorias y cuando puede irradiar al mundo su pensamiento. Homero llega cuando están resueltas las luchas en que intervino Aquiles, cuando de Troya no quedan sino las ruinas y es Helena polvo”.

Don Miguel de Unamuno.
“Obras Selectas”.